

---

---

ANTONIO ZAMORA

\* \* \*

LA VENGANZA  
DE EVARISTO CUBISTA

---

---

---

---

Editorial Hipálage  
Colección «Para surcar el tiempo»

---

---



*Para Claudia y Julio,  
siempre interesados en historias intrigantes.*



*Cuánto te habrá dolido acostumbrarte a mí,  
a mi alma sola y salvaje,  
a mi nombre que todos ahuyentan.*

Pablo Neruda



## LA LLAMADA

**E**VARISTO Cubillo me llamó por teléfono después de mucho tiempo. Me llamó para invitarme a cenar y para presentarme a Taenia, su nuevo amor. Me sorprendió su llamada, y más aún la noticia que venía con ella. ¿Se había echado novia? ¿Evaristo?

Intuyendo quizás mi cara de incredulidad, se apresuró a explicármelo.

—Taenia es de Ucrania —dijo—, de un pueblecito a unos cincuenta o sesenta kilómetros de Kiev.

La aclaración, aunque escueta, despejó todas mis dudas. Un número muy elevado de mujeres procedentes de Europa del Este llegan a diario a nuestro país buscando una vida mejor. Mujeres en su mayoría muy agradecidas (conocí algunas que lo eran). Son, además, agradecidas y complacientes, con tan sólo unas horas de trato puedes entrar en la habitación donde viven, o donde malviven, cabría decir. Desde luego tuve cuidado de no caer en sus redes. Tomé lo que me dieron y busqué otros horizontes.

Pero muchas logran su objetivo cazando a solteros poco favorecidos físicamente y con un manifiesto complejo de inferioridad. De esa especie era Evaristo.

—Y, ¿cómo es? —le pregunté para ganar tiempo mientras intentaba alcanzar la lógica de su invitación.

Hubo un momento de silencio. Intuí que hacía un retrato de ella en su cabeza; un retrato, a pesar de su enamoramiento, más científico que poético, como era habitual en él.

—Es rubia, delgada y muy joven —dijo al fin confirmando mi sospecha—. De piel tan blanca que es casi transparente. Un prodigio de la Naturaleza.

Estuvo callado unos segundos más buscando otra cualidad que resaltar.

—Pero su mayor virtud es la fidelidad. Se podría decir que es fiel hasta la muerte.

No esperaba oír nada tan definitivo, aunque creí entender por qué lo decía. Siempre tuvo una fe ciega en el ser humano. Le bastaba la sonrisa de alguien para pensar que ese alguien era el mejor del mundo, o que le dieras una simple palmada en el hombro para creerte su mejor amigo. Reconozco que más de una vez me aproveché de su forma de ser, bien para conseguir su ayuda en los estudios o para que me prestara dinero hasta recibir el giro mensual de mi padre. Nunca me expliqué cómo una persona tan inteligente se dejaba engañar con tanta facilidad. Se ve que se puede ser inteligente para unas cosas y para otras no. De éstos era Evaristo, un genio para las ciencias y un negado para las relaciones sociales.

—¿Estás seguro? —le pregunté con un poco de sorna en respuesta a lo que dijo sobre la fidelidad.

Había tratado con mujeres lo suficiente para creerme que pudieran ser fieles hasta la muerte. Eso tal vez fuera antes, cuando estaban sometidas y no tenían más remedio que aceptar lo que el padre, hermano, jefe o esposo dispusiera. Hoy las cosas son distintas, lo sé por propia experiencia. Ahora a las mujeres sólo hay que

insistirles un poco para que olviden totalmente sus promesas de fidelidad. Y lo curioso es que siempre empiezan hablando bien del novio o del marido. Te cuentan lo buenos que son y cuánto los quieren, como si te los quisieran vender, y a las pocas horas se están revolcando contigo en la cama o en los asientos de un coche.

—No puedo estar más seguro, Alejandro —me contestó Evaristo con su tono menos cortés, quizás molesto por la ironía que encerraba mi pregunta.

—Tú mismo... —concluí sin querer entrar en discusión, lavándome las manos como Pilatos para no reverdecir viejas rencillas.

He dicho rencillas y creo que me he quedado corto. Hacía ya más de un año que Evaristo y yo no nos hablábamos. ¿El motivo?, una mujer, por supuesto.

Julia, para ser más preciso.

Fue al terminar la carrera. Bueno, maticemos: estudiábamos carreras distintas, él Biología y yo Empresariales, y el que terminaba la carrera era Evaristo, yo todavía me pegaba con tres asignaturas de tercero que se me habían vuelto contestonas. La terminaba, digo, con unas notas que ni en mis mejores sueños me hubiese atrevido a pedir para mí. Quizá fue su calificación final lo que atrajo a Julia. No logro imaginar qué otra cosa vio en Evaristo. Julia era la chica más deseada de toda la Facultad de Empresariales. Siempre parecía iluminada con el cañón que alumbraba a las estrellas de cine. Era alta, delgada y elegante. Tenía el pelo y los ojos castaños, labios carnosos, piel morena y una armonía de líneas que encendía el deseo en cualquiera. Era todo un bombón al que le caía bien cualquier vestido, por muy extravagante que fuera.

Pero lo que resultaba realmente excepcional en Julia era la magia de su sonrisa. Te sonreía y te olvidabas de todo. Los chicos de la facultad, alelados por las curvas de su cuerpo y la luz de su rostro, soñábamos a diario con llevarla a la cama. Mas ella nos despachaba siempre con su sonrisa. Te daba largas siempre sin ofenderte, dejando su puerta entornada para que en otra ocasión pudieses entrar, como si te dijera con amabilidad: «Inténtalo mañana, que ahora estoy muy liada».

El caso es que yo tuve la culpa de que se conocieran. Llamé a Evaristo después de varios meses sin vernos con la excusa de tomar unas cervezas. Lo que yo quería en realidad era que me ayudara con la estadística con vistas a los exámenes finales. Pasó por la facultad a buscarme justo cuando salía con Julia del aula intentando arrancarle una cita. Se lo noté en la cara nada más vernos. Me miró a mí, luego a Julia, y se quedó pillado en sus ojos castaños como un ratón en un cepo. Eso en Evaristo no era raro. Lo más extraño es que a ella le pasó lo mismo. Se me debió quedar cara de idiota mientras los veía mirarse alucinados, como si se conocieran de otra vida o hubiesen descubierto de súbito que eran el uno para el otro.

Nos fuimos a un bar y todo siguió igual: él hablando de sus notas y de sus proyectos, y ella oyéndolo embobada y lanzándole cada tres segundos una de sus sonrisas. Yo estaba allí como un mero objeto ornamental. Confieso que me sentí molesto, que sentí envidia. Mis amigos daban por hecho que acabaríamos juntos. Yo mismo había dicho en público que hacíamos una buena pareja, por no decir a las claras que Julia me estaba destinada. Detrás de la barra del bar había un

espejo que justificaba mi perplejidad. Estábamos los tres reflejados en él: Julia y yo a un lado, parejos en altura, estilizados, los dos en la misma armonía; y al otro lado, Evaristo rompiendo el equilibrio en mil pedazos, como si perteneciera a una especie distinta a la humana.

Tal vez sea éste el momento de describir a Evaristo. No quisiera que se interpretaran mal mis palabras, ya que no hallo otras mejores que las que escribo para pintar su aspecto. Cualquiera que le haya conocido puede confirmarlo. Juro que aquella rivalidad entre nosotros no condiciona lo que diga al respecto. ¿Tendría algún sentido mentir en un acto que hago por voluntad propia y sin coacción de ningún tipo?

Una rara enfermedad del crecimiento había hecho de Evaristo un hombre desproporcionado. Tan sólo los ojos, si pasabas por alto su desnivelada ubicación (el izquierdo más alto que el derecho), tenían un aspecto normal. No se podía decir lo mismo de la nariz por ser diminuta y de los labios por estar ausentes. La boca era una estrecha línea que al abrirse mostraba cuatro hileras de dientes desiguales, tan anárquicos en su distribución que podría jurarse que la dentadura había sido compuesta por un niño de cinco años con dientes de distintas personas. La estructura ósea parecía estar construida por las mismas manos. Daba la impresión que de un osario gigantesco y revuelto hubiesen escogido al azar las distintas piezas, pues, igual que los dientes, eran asimétricas (sin exagerar demasiado pero asimétricas), a las que añadieron músculos, vísceras y piel con un criterio estrictamente funcional, sin el menor sentido estético. Así pues, el brazo izquierdo era algo más corto y delgado que el derecho, y la pierna derecha

más alta que la izquierda. Esa desproporción en las extremidades le daba un modo de andar muy peculiar que podía reconocerse a mucha distancia. El pelo, escaso y fino, dejaba al descubierto una frente ancha, alta y brillante que recordaba la estructura craneal de la mayoría de los enanos.

Por su aspecto era la persona ideal para encajarle un apodo. De hecho muchos le llamaban *Cuasimodo*; otros, *Cangrejo* Cubillo; otros, *Eslabón Perdido*... Los más allegados a él fuimos menos crueles, o más ingeniosos o sutiles, según se mire, en lugar de Evaristo Cubillo le llamábamos Evaristo *Cubista*, y ése fue el mote que acabó prevaleciendo sobre los demás. Era, en definitiva, un compendio de todo lo que no gusta a las mujeres, que, como es sabido, son capaces de ver los defectos más nimios de los hombres. De ahí mi desconcierto al ver tan entregada a Julia.

Para colmo, Evaristo no compensaba su desarreglo físico con la simpatía. Tampoco se podía decir que fuera agrio. Su carácter estaba en un lugar intermedio que no llamaba la atención. Jamás se ensalzaba en disputas con nosotros, pero a la vez nunca dejaba de hacer tímidas propuestas que no cuajaban por no saberlas defender, por lo que apenas influía en nuestras decisiones. En esa insustancial actitud se palpaba su origen humilde y el convencimiento interior de que estaba con nosotros de prestado.

En lo que sí destacaba con mucho de los demás, aparte de su genio para las ciencias, era en inventar historias al estilo de Stephen King, historias de ésas en las que el misterio, la técnica y el esoterismo van siempre de la mano. Cuando el aburrimiento llegaba, cuando ya nadie del grupo era capaz de idear nada que nos entre-

tuviera, le decíamos: «Vamos, Evaristo, cuéntanos algo». Y él, siempre dócil a nuestros deseos, narraba sus cuentos con una voz cadenciosa y timbrada que tenía la facultad de sumergirnos en los intrigantes mundos que recreaba. Creo que todos pensábamos que la ubicación perfecta de Evaristo era una emisora de radio. Desde allí, a salvo de las miradas, hubiese enamorado sin duda a mucha gente con su voz. En una ocasión alguien de nosotros le preguntó de dónde sacaba aquellas fábulas.

—De la vida misma —contestó con los desnivelados ojos perdidos—. Basta con observar a nuestro alrededor.

Y añadió:

—Algún día las escribiré.

Cuán lejos estaba entonces de imaginar que iba a ser yo quien escribiera con el paso del tiempo una historia inquietante donde él, Taenia y yo seríamos los protagonistas. Pero no adelantemos acontecimientos y sigamos con lo que nos enemistó.

Tras el encuentro de Evaristo y Julia me invadió una cierta inquietud. Sabía que se veían casi a diario, siempre lejos de los lugares comunes. Eso me descolocó primero y luego me fue corroyendo por dentro. El desasosiego alcanzó su mayor virulencia cuando su relación se dio por cierta en la facultad y fui el destinatario de las bromas de mis compañeros. Decían éstos como si retransmitieran el desenlace de un combate de boxeo: «¡El título *Playboy* de Alejandro Castello, ha pasado a manos de Evaristo Cubista por K.O. técnico!» Me convertí en el centro de las miradas, de mil miradas que espiaban irónicas mis reacciones. ¿Por qué Evaristo y Julia no me dijeron nada? ¿Me veían

como un incordio para su relación? No tuve respuestas para estas preguntas porque no fui a preguntarles nada. Ni ellos vinieron a dárme las a pesar de haber tenido los dos meses de vacaciones para hacerlo.

Traté de vivir los días sin hacer caso a su indiferencia. Me refugié en la disipada vida del verano con una entrega superior a la normal, curándome en los excesos de interminables noches. Pero el hombre es orgulloso e impropcedente, es el único ser del planeta que no acepta la evidencia aunque la tenga delante de los ojos. Yo, Alejandro Castello, el alumno más popular de toda la facultad, no aceptaba que Evaristo Cubillo o *Cubista*, un fenómeno absurdo de la naturaleza, me limpiara a la muchacha más hermosa que había conocido nunca. No me cabía en la cabeza que una cosa como ésa pudiera sucederme. Así que, movido por un impulso irresistible, empecé a tramar mi revancha.

El plan en sí era simple: cambiaría la táctica utilizada hasta la fecha para conquistar a Julia. Reviví a conciencia cada uno de los intentos fallidos, en un esfuerzo nunca practicado hasta entonces (eso daba muestra de la firmeza de mi determinación). Reparé en que en aquellas ocasiones la había tratado con un soterrado desdén por sus valores internos, con una superficialidad notoria, basándome siempre en lo externo, en lo evidente. Mostrándome de esa manera, que tan buenos resultados me solía dar con la mayoría de mis conquistas, era improbable que una persona como Julia, amante de los valores universales, detractora de las modas y ajena a todo lo que no fuera imperecedero, me tomara en serio. No sé, pero encontraba en la elaboración del plan un cierto placer que me impulsaba a seguir adelante. Era como un cosquilleo que me hacía

sentir importante. El hecho de pensar que podía trastocar el curso de los destinos ajenos me excitaba sobremanera.

Por primera vez en mi vida tenía un plan propio, un plan que ocultaría en las sombras hasta verlo realizado, del que nunca nadie podría hacerme responsable. Y no es que mi conciencia no me apuntara que era algo improcedente (por no decir detestable). Mi conciencia, que es tan normal como la de cualquiera, me avisó reiteradas veces de que lo que estaba tramando no era ético y contravenía el concepto que siempre había tenido del sentido común. Pero el deseo de tener a Julia era muy fuerte, y más fuerte aún las ganas de resarcirme del revolcón que voluntaria o involuntariamente me había dado Evaristo.

Con los días me fui convenciendo de que lo tramado no tenía como objeto dañar a nadie, sino jugar una partida de la que saldríamos ilesos todos los implicados. ¿Qué podía pasar? En el mejor de los casos revalidaría mi influencia en las mujeres. Y en el peor, siempre me quedaría la justificación de que yo tenía el mismo derecho que cualquiera a luchar por Julia.

Resulta sorprendente la capacidad del hombre para engañarse a sí mismo, la amplitud de su tolerancia cuando el afán de protagonismo le susurra al oído. Tras ese razonamiento (o esa forzada justificación), me sentí libre de remordimientos para ejecutar mi plan. No me pesaron las horas de espera para observar las costumbres de Julia en los lugares que frecuentaba fuera de la facultad. Elegí fríamente el momento de actuar, como un paciente depredador que no salta sobre su víctima hasta no estar seguro de atraparla.

La abordé en las inmediaciones del Parque de María Luisa una tibia tarde de octubre. Había observado que tenía ratos melancólicos en los que gustaba de la soledad. Aquella tarde paseaba entretenida entre la frondosidad del parque, deteniéndose en los estanques y sentándose a menudo en cualquier banco, sin otro propósito que el de disfrutar del buen tiempo o meditar. Le pedí con amabilidad que se tomara un café conmigo en algún lugar tranquilo, que tenía que decirle algo muy importante. Julia aceptó y entramos en la cafetería Montpensier.

Me esforcé en guardar una actitud serena y un poco triste. Empecé pidiéndole perdón por mi comportamiento. Julia me miró con los ojos muy abiertos. Le dije que había sido un idiota, que quería remediar de una vez por todas mi conducta infantil (esa palabra les encanta a las mujeres para calificar el comportamiento de los hombres). Todo ello lo suficientemente cerca y sin dejar de mirarla a los ojos. Le dije que había descubierto en las vacaciones que tan sólo una persona podía sacarme del mundo ilusorio y superficial en que vivía, y que esa persona era ella. Julia paseaba la vista de mi rostro a la taza de café o se miraba durante largos segundos las palmas de las manos, esperando quizá ver en ellas la explicación a mi comportamiento.

Estuvimos unos momentos callados. Yo la observaba sopesar mis palabras, luchar con la pelota que le había lanzado. Nunca hasta ese momento la había visto tan desarmada. Sabía que mi ataque calaba hondo en su interior, de no ser así me habría dado largas con una de sus sonrisas. Me miró y tenía los ojos brillantes, y antes de que pudiera hablar nada, le dije muy afectado:

—Ya sé que no tengo posibilidades contigo, Julia. Ya sé que Evaristo y tú...

Julia se apresuró a contestarme.

—Te equivocas, Alejandro —dijo cálidamente—. Evaristo y yo sólo somos buenos amigos.

—Pero todo el mundo dice que estáis saliendo juntos.

—Tonterías —dijo ella—. Hace poco que le conozco, ya sabes, y en ese tiempo he aprendido a quererle. Es tan auténtico, tan sensible. Pero de ahí a que mantenemos una relación amorosa...

Se quedó callada unos segundos, quizás pensando en él, en Evaristo, en su sensibilidad y en sus buenas intenciones, acaso tomando medidas a aquella relación de algo más de tres meses. Luego reconoció:

—Pero es posible que le haya hecho albergar ilusiones. Tal vez no he sabido decirle a tiempo que lo que yo quiero de él es su amistad.

Supe entonces que mi plan iba por buen camino. Sin embargo, no bajé la guardia.

—No quiero de ningún modo interponerme entre vosotros —dije apartándome y dejándome caer sobre el respaldo de la silla.

—No te interpones, Alejandro —contestó ella—. Ya te he dicho que entre Evaristo y yo no hay nada.

Detrás de Julia había una columna forrada de espejos donde me vi reflejado. Mi cara tenía una expresión entre la sumisión y el alivio, la expresión que le debe quedar a uno tras una confesión de esa naturaleza. Estaba llevando muy bien el encuentro. Creí estar dispuesto y me decidí a dar la estocada final. Me volví a acercarme a ella y le pregunté:

—¿Debo tener esperanzas entonces de que consideres lo que te he dicho?

Julia me miró a los ojos un momento. Su mirada era interrogante, como si todavía albergara dudas sobre la sinceridad de mi propuesta. De todas formas, esperaba oír un sí (en cada decisión que se toma se asume siempre algún tipo de riesgo). Pero éste no llegó.

En su lugar dijo:

—Es curioso que el verdadero rostro de las personas esté siempre oculto. Bueno, eso no es del todo cierto —rectificó—, en Evaristo está al aire, donde debe estar. Nunca hubiera imaginado lo que está sucediendo esta tarde. Siempre creí, y perdona la franqueza, que no tenías la menor sensibilidad. Verte siempre de caza me había forjado una idea de ti opuesta a lo que veo ahora. ¿Eres tú Alejandro? ¿Eres tú el chico irresistible y superficial de la facultad? Reconozco que estoy sorprendida.

—Es lógico —dije yo para cortar su divagación en voz alta—. Es más que lógico que lo estés. Te puedes creer que a veces me he avergonzado de mi comportamiento. Si no me muestro ante todos como soy en realidad es porque tengo miedo a que me rechacen, tengo miedo a verme solo.

Julia negó con la cabeza antes de decir:

—¿Y quién puede rechazarte siendo honesto?

Formuló la pregunta, pero no esperaba de mí una respuesta.

—Nadie, Alejandro —continuó—. Nadie te va a rechazar salvo los que mienten para sacar provecho, nadie salvo los que se consideran tus amigos. ¿Cuántos son?, ¿dos, tres, cuatro a lo sumo? Todos los demás, y éstos son muchos, se alegrarán de que te olvides de tus

poses de gallito, tus gracias y tu conversación machista y misógina.

Dejé que Julia se despachara a gusto.

En el silencio que siguió, pensé en mis amigos Julio, Alfonso y Sergio, pensé en nosotros cuatro, en nuestras correrías, en nuestra forma de divertirnos, y no lograba entender por qué le molestaban tanto a Julia nuestras diversiones. No obligábamos a las chicas a acostarse con nosotros. Nos gustaba gastar bromas, eso era cierto, pero no hacíamos mal a nadie. Tampoco había imaginado nunca que Julia tuviera una opinión tan negativa de mí, ella que siempre fue tan amable conmigo.

Me llenó de incomodo su declaración. Sin embargo, aguanté el tipo gastando el último recurso de mi estrategia.

—Por eso te pido perdón, Julia. Te aseguro que estoy avergonzado.

Lo dije como si confirmara sus apreciaciones, intentando enmascarar de paso la molestia que me produjeron sus anteriores palabras, asumiendo la pérdida de aquella batalla en pos de la victoria final.

No logré arrancarle el sí, pero mantuvimos una conversación un poco fría y sin reproches en la que no desapareció en ningún momento el recelo de sus ojos. Fue quizá cuando menos esperanzas tuve de haberla convencido. Ni que decir tiene que me sentí como un niño al que niegan el caramelo deseado.

Salimos de la cafetería al atardecer. El silencio hacía más cierto el rumor de nuestro caminar. Julia me miraba de reojo consciente de mi abatimiento. Sabía de su extrema sensibilidad y que sufría con las desdichas ajenas. En el último estertor de la derrota aún mantu-

ve la espada en alto, más por inercia que alentado por alguna débil esperanza. Y acerté de lleno con perseverar.

Pasados unos minutos, se acercó y me obligó a rodearla por los hombros. No hablamos en un buen rato, pero todo había cambiado. Parecíamos una pareja consolidada más allá de las desavenencias, que no necesita palabras para reafirmar su existencia, que se contenta con sentir el contacto de los cuerpos. Más adelante, en un portal en penumbra, nos besamos con pasión, de una manera natural, espontáneamente, como si lo de enrollarnos no hubiese entrado nunca en mis planes.

Mis amigos me felicitaron al saber la noticia. «Nadie puede contigo. Eres un máquina», dijeron con envidia. Evité comentarles que estuve a un pelo de no conseguirlo. De Evaristo nada supe. Intuía que ya sabía de nuestro compromiso porque no respondía a las llamadas de Julia que quería contarle frente a frente lo ocurrido.

Su desaparición no impidió que viviéramos Julia y yo unas semanas muy intensas. Hacíamos el amor todos los días donde nos abordaba el deseo: en su cuarto, en mi casa, en el parque, en el cine, incluso en un ascensor. Asistimos divertidos a las caras de nuestros conocidos. Sin duda, conquistar a Julia fue mi mayor triunfo hasta entonces. Me sentía envidiado y valorado, pero a la vez mustio, falto de estímulos. No podía creer lo que me estaba pasando. Tenía por fin a la mujer que se me había resistido tanto tiempo y, en lugar de orgullo y gozo, notaba un vacío interior difícil de explicar. Empezó muy leve, pero fue ganando fuerza con el curso

de los días. Sentía que me faltaba algo, como un coleccionista que logra la última pieza de su colección y de repente se da cuenta de que se ha quedado sin nada que hacer, sin nada con lo que soñar.

A Julia, sin embargo, se la veía feliz. No paraba de hacer planes para nosotros. Planes inmediatos de una tarde, un día o un fin de semana. Y planes, y esto era lo que me escamaba, a largo plazo. Pero fue su perenne discurso moralista lo que acabó de justificar la oquedad de mi interior. Yo no podía pertenecer a una sola mujer, aunque esa mujer fuese Julia, ni por un momento se me pasó por la cabeza. ¿Por qué las mujeres no se limitan a vivir el día a día? ¿Por qué tienen que estropearlo todo con sus proyectos?, me preguntaba.

Al mismo tiempo que yo me lamentaba, mis amigos abrieron su campo de influencia a otras facultades, a otros ambientes que prometían nuevas emociones, nuevas experiencias. No me llegaba la ropa al cuerpo cuando venían a contarme sus aventuras. No pude resistirlo y una noche me fui con ellos a revivir viejos tiempos. Eso puso de malas a Julia, que no se pudo contener y me tachó de superficial, de inmaduro, de egocéntrico.

No hubo de pasar mucho tiempo antes de que acabara entendiendo que lo mejor era dejar lo nuestro. Un día, sin pensarlo mucho, le dije lo que les decía a todas cuando las esporádicas relaciones tocaban fondo:

—Lo siento, Julia, pero no puedo evitar ser como soy. Lo he intentado con todas mis fuerzas y no lo puedo evitar.

Se quedó con la expresión congelada entre la sorpresa y el desengaño. Vi en sus ojos que ella, hasta ese

momento, no había dado por perdida nuestra relación. Se vio claro que se le cayó a los pies el castillo que había edificado para nosotros. Cuando comprendió lo que había pasado, se dio media vuelta y se fue cabizbaja, quizás llorando.

Evaristo apareció al día siguiente. Daba la impresión de que había estado al tanto todo el tiempo de nuestras evoluciones como pareja. Apareció, sin duda, a recoger los pedazos de Julia, que había quedado destrozada por nuestra ruptura. Esto me lo dijo Alfonso, que a su vez lo había sabido por una de sus conquistas.

Aún pasaron unos días antes de encontrarnos una mañana en la cafetería La Estrella. Fue una casualidad, o tal vez no. Me extrañó, de todas formas, ya que tanto él como yo no deseábamos un encuentro. Era temprano y apenas había gente, por lo que no tuvimos más remedio que saludarnos. Fue un saludo tenso y distanciado, sin mostrar ninguno la menor alegría de vernos después de tanto tiempo. Ocupamos los extremos de la barra, como si fuéramos unos completos desconocidos. El ruido de la máquina de café era lo único que alteraba el silencio. De repente, Evaristo cruzó decidido la cafetería para decirme:

—Siempre te he tenido por un amigo, Alejandro. Por eso espero que no te vuelvas a acercar a Julia. Ella no merece lo que le está pasando.

Acto seguido, salió del local sin darme opción a replicar su comentario. Había sabido días antes que Evaristo rechazó jugosas ofertas laborales para aceptar un trabajo en el laboratorio del hospital Virgen del Rocío, sólo para estar cerca de Julia, que vivía entonces en Conde de Gálvez. Y aunque lo sabía protector y enamorado, no esperaba que tuviera el valor de decirme

que no me acercara a ella. Sus palabras, a pesar de la corrección con que fueron expresadas, acabaron sonándome a amenaza, y eso era algo que me costaba tolerar.

No obstante, pronto se me pasó la indignación. ¿Qué podía temer de Evaristo? No tenía ni el físico ni el carácter para enfrentarse conmigo. Admiré de todas formas que hubiese tenido las agallas suficientes para defender a Julia. Su valerosa actitud era una prueba evidente de que estaba enganchado a ella. Antes de que sucediera lo vi claro en mi cabeza: la seguiría a donde fuera sólo para protegerla, animarla, acompañarla y levantarla en caso de caída. Sólo él podía hacer una cosa así. Detestaba esa actitud, detestaba ver cómo Evaristo, haciendo buena mi predicción, seguía a Julia como un perrito faldero a todas partes, día tras día, un mes tras otro, convirtiéndose en el hazmerreír de todo el mundo, arrastrando la dignidad de los hombres por los suelos. Parecía un guardaespaldas con un celo exagerado por hacer bien su trabajo, un guardaespaldas sin la menor posibilidad de tener una relación con su protegida fuera de lo platónico. Así estuvo hasta que Julia le arrancó la ilusión diciéndole que agradecía su interés pero que no podía amarle como él esperaba. Me lo contó Sergio, que a su vez lo había oído en los corrillos de la facultad.

Tras darle puerta a Evaristo, Julia desapareció del panorama universitario. Fue apagando su luz poco a poco desde el día en que corté con ella. ¿Fue culpa mía? No sé. Probablemente. Dejó la universidad sin terminar cuarto de carrera. Se oyó en los pasillos que había encontrado un trabajo mal pagado en una oficina de un polígono industrial, aunque nadie podía afirmarlo.

Luego el que se esfumó fue Evaristo. Desapareció de los lugares comunes con esa facilidad que tenía de aparecer y desaparecer del escenario. En el fondo me inspiraba un poco de pena. Y ésa fue la razón por la que, al llamarme pasado un año de nuestra disputa, dudara si aceptar o no su invitación a cenar para presentarme a su nuevo amor.

—¿Qué me dices entonces, Alejandro? —preguntó a través del auricular—. ¿Vendrás a cenar mañana para conocer a Taenia?

Confieso que su llamada me dejó intrigado, cosa lógica después de todo lo que habíamos tenido. Pero así era Evaristo. A todo lo dicho de él había que añadir la probada incapacidad de guardar rencor a nadie, ni siquiera a mí, que me interpuse en su camino sin respetar sus sentimientos.

—Claro que iré —le contesté—. Iré a conocerla. No lo dudes. Para algo están los amigos.

—De acuerdo —dijo—. Te esperamos mañana, a las nueve.